

TEORÍA

ACERCA DE LA NOCIÓN DE IZQUIERDA (GENEALOGÍA Y COMPLEJIDADES DE UN CONCEPTO)

On the notion of the left (genealogy and complexities of a concept)

Aníbal D'Auria¹

Resumen

En este trabajo se hace un análisis del origen y de los significados de la expresión *izquierda* y de los usos políticos que ha tenido para prestigiar o para excluir a distintas agrupaciones de esta tendencia del pensamiento y de la organización política. El ejemplo paradigmático es el peronismo en Argentina que tanto aparece como una *nueva izquierda*, como un fascismo o como un nacionalismo burgués que le adjudica la izquierda tradicional.

Palabras clave: Izquierda. Peronismo. Nueva izquierda.

Abstract

This paper analyzes the origin and meanings of the expression *left* and the political uses it has had to give prestige or to exclude different groups of this trend of thought and political organization. The paradigmatic example is Peronism in Argentina, which appears as a *new left*, as fascism or as a bourgeois nationalism attributed to it by the traditional left.

Key words: Left. Peronism. New left.

Sumario

1. Discusión sobre la aparición de la dicotomía izquierda-derecha en el vocabulario político. Sus ambigüedades de origen. 2. Lenin: izquierda e infantilismo. 3. Izquierda y geopolítica. 4. Nuevas izquierdas de la posguerra. 5. Transformaciones semánticas del término izquierda en Argentina y América Latina hacia la segunda mitad del siglo xx. 6. Algunas variadas consideraciones desde la academia contemporánea. 7. Palabras finales: necesidad del retorno de la crítica aguda y honesta. Bibliografía.

1 Universidad de Buenos Aires

Agradezco a Pablo Taboada, a Sofía Aguilar, a Elina Ibarra y a Juan Balerdi, que se tomaron la molestia de leer el borrador de este artículo y hacerme gentiles comentarios o aportes.

DISCUSIÓN SOBRE LA APARICIÓN DE LA DICOTOMÍA IZQUIERDA-DERECHA EN EL VOCABULARIO POLÍTICO. SUS AMBIGÜEDADES DE ORIGEN

■ **E**s común leer u oír que el empleo político de los términos *izquierda* y *derecha* tuvieron su origen en la Revolución Francesa. Para justificar esa afirmación se suele recordar que, durante agosto y septiembre de 1789, la Asamblea debatía si el rey debía tener derecho a veto sobre sus resoluciones: los que estaban a favor de ello se ubicaron a la derecha del recinto; los que estaban en contra, a la izquierda; y los indecisos, en el medio. En aquel contexto histórico, si los partidarios del rey eran la derecha, los republicanos, en sus diversas tendencias, eran la izquierda; y si la derecha era la guardiana de los antiguos privilegios, la izquierda era la propulsora de un nuevo orden más libre e igualitario. De ahí, se dice, habría surgido el sentido posterior de la dicotomía política derecha/izquierda.

Sin embargo, por repetida que sea la explicación referida, lo cierto es que los mismos contemporáneos de la revolución de 1789 empleaban otros términos para designar las facciones de la Asamblea: *el llano* y *la montaña*. Y llama la atención que Alphonse Thiers, en su famosa *Histoire de la Revolution Francaise*, de 1827, aún parezca usar la dicotomía derecha/izquierda en un sentido meramente espacial, o sea, literal. Por eso no debe sorprendernos que atribuya moderación a los representantes del lado izquierdo de la Asamblea, exceptuando a los republicanos; pero que afirme que los del lado derecho eran imprudentes y protestaban continuamente (THIERS, 1899, T1: 197).

Sin embargo, casi contemporáneamente a los sucesos revolucionarios de Francia, sí podemos encontrar un claro empleo político de esa terminología en un lugar impensado: Prusia.

En efecto, en 1798 Immanuel Kant empleaba la dicotomía *derecha/izquierda* en un sentido político, sin ningún rastro de su referencia espacial. Es más, lo hace incluso ya dentro de un esquema implícito de filosofía de la historia. En *Der Streit der Fakultäten*, Kant defendía el derecho de la facultad de filosofía a debatir y criticar libremente, en

sus claustros, todas las cuestiones que las facultades de teología, medicina y derecho debían enseñar dogmáticamente. Según Kant, estas últimas eran el ala derecha del parlamento de la ciencia; pero en aras de la búsqueda recurrente de la verdad, la facultad de filosofía debía hacer el papel de partido opositor, ala izquierda, de ese mismo parlamento. Sólo así podría un gobierno, decía Kant, estar siempre bien informado acerca de lo conveniente o lo dañino (KANT, 1999: 17).

Lo curioso de este texto de Kant no es sólo que la dicotomía sea usada, ya sin duda alguna, para aludir a actitudes políticas opuestas (ortodoxia versus cuestionamiento). También llama la atención que se la presente como una dicotomía de opuestos complementarios (no mutuamente excluyentes, sino en relación dialéctica, digamos). Para Kant, la derecha (la ortodoxia) y la izquierda (la crítica, el cuestionamiento) cumplen funciones complementarias necesarias, tanto para la marcha de un buen gobierno como para la del conocimiento.

Al usar así esos términos ¿estaría Kant aludiendo a la Asamblea Nacional francesa de 1789? Quizás sí, pero es más que dudoso. No sería raro que los haya tomado de otro lado: ya desde mucho antes de la revolución en Francia, en Inglaterra el partido de gobierno se sentaba a la derecha del Parlamento, mientras que el partido de oposición (oposición leal a Su Majestad) lo hacía a la izquierda. Tengamos en cuenta que Kant, aunque expresó honestamente y por escrito su admiración hacia la Revolución Francesa, en lo personal fue un amante del orden, fiel y respetuoso de sus soberanos prusianos, Federico El Grande y Federico Guillermo II.

Más allá de esa sorprendente referencia a Kant, es difícil hallar esa terminología política antes de la segunda mitad del siglo XIX. En su lugar, las dicotomías más habituales a lo largo del siglo fueron otras, como *conservador vs. liberal*; *retrogrado vs. radical*; *retardatario vs. progresivo*...

Será efectivamente en Francia donde comience a generalizarse la terminología de *derecha/izquierda*, pero casi un siglo después de la Revolución de 1789.

En efecto, durante la compleja experiencia de la Tercera República francesa (1870-1940), esa dicotomía apareció como una pieza decisiva del vocabulario político; y fue aquí cuando la metáfora espacial se transformó indudablemente en terminología

ideológica. Los partidos más conservadores y reaccionarios de la Asamblea Nacional (monárquicos, clericales, ultra-nacionalistas, antisemitas) ocupaban los escaños de la derecha, y comenzaron a denominarse *la derecha* aún fuera de las sesiones; en tanto que a la izquierda se ubicaban los sectores republicanos, demócratas, socialistas y anticlericales, que también comenzaron llamarse *la izquierda* aún fuera del recinto legislativo. La dicotomía derecha/izquierda comenzó así a generalizarse para designar posiciones e identidades políticas más allá de las paredes de la Asamblea legislativa.

Por ejemplo, a partir de 1871 ya había un grupo que se auto denominaba *Gauche Republicaine* (Izquierda Republicana) y desde mediados de la década de 1880 existía la *Union de Gauches* (Unión de Izquierdas). Acaso, resulte curioso notar que ninguna de ambas agrupaciones fue de tendencias radicalizadas; más bien profesaban un republicanismo moderado. Sin embargo, por esa época también parece comenzar a asociarse izquierda con extremismo social republicano. Tal parece haber sido el caso del periódico *Extreme Gauche* (*Extrema Izquierda*), publicado y dirigido desde 1883 por Emile Brousse, del partido de Izquierda Radical; no obstante, más allá del nombre, tampoco fue muy radical en sus ideas ni en sus acciones, y derivó cada vez más hacia el centro.

En fin, esta terminología francesa pronto se extendería a otros países, tanto europeos como americanos. Y subrayemos que tenía un claro sentido relacional: una fuerza, idea o expresión política podía *estar más o menos a la derecha o a la izquierda* de tal o cual otra, que a su vez podía estarlo de tal o cual otra. Por ejemplo, un socialista estaba a la izquierda de un liberal republicano, quien estaba a la izquierda de un monárquico. Es decir, las diferentes tendencias eran pensadas como desplegadas sobre una línea continua de menor a mayor según su grado de aceptación o rechazo del orden político establecido y las jerarquías sociales tradicionales.

Pero hay que subrayar que ese continuo lineal sobre el que se clasificaban las fuerzas de izquierda a derecha, suponía también una filosofía de la historia como progreso; una filosofía de la historia que, más allá de ciertas variaciones de detalle, podemos encontrar en los autores más influyentes del siglo XIX, de Saint-Simon a Comte, de Stuart Mill a Marx, de Spencer a Reclus. Liberales, demócratas, socialistas

y anarquistas concebían el proceso histórico como un avance inevitable de la libertad y la igualdad entre los hombres. Podía haber detenimientos, retrocesos temporarios, desviaciones ocasionales... Pero el rumbo optimista hacia destinos cada vez más felices de la humanidad sería, tarde o temprano, siempre retomado saltando hacia *adelante*. Es decir: la metafórica dicotomía espacial *derecha/izquierda*, implicaba también una metafórica dicotomía temporal *retraso/avance* en el camino de la historia.

En lo profundo, entonces, lo que diferenciaba a una fuerza de izquierda de una de derecha no era la mera insatisfacción o satisfacción frente al *statu quo* político y social, sino su diversa visión del progreso socio-histórico. Mientras la izquierda miraba al futuro con optimismo y con anhelo, la derecha lo hacía con pesimismo y temor. Mientras la izquierda quería caminar al ritmo del progreso social, o incluso acelerarlo, la derecha pretendía demorarlo, o incluso *restaurar* alguna situación social del pasado. En otros términos: la izquierda profesaba una visión *progresista* de la historia, en tanto que la derecha sostenía una concepción *decadentista*.

Así, a lo largo de esa gradación se podían distribuir diferentes posturas. Las posiciones internacionalistas, socialistas y anticlericales eran la *avant-gard*, esto es, la vanguardia del avance histórico. En cambio, por el contrario, los chauvinismos patrióticos, jerárquicos, raciales y religiosos eran lo retrógrado por excelencia, lo atávico que el progreso humano debía superar tarde o temprano. Y entre ambos extremos se ubicaban las otras fuerzas o expresiones políticas, según su proclividad hacia un lado o el otro.

Como se ve, ya desde sus orígenes este esquema lineal metafórico para clasificar tendencias políticas encierra una sutil triple ambigüedad:

1. Si dividimos a la mitad la línea imaginaria sobre la que se distribuyen las diferentes expresiones políticas, tendríamos que son de *izquierda* todas las expresiones políticas que quedan *a lo largo de todo el segmento izquierdo* de la línea dividida; y que, por el contrario, son de *derecha* todas las que quedan *a lo largo de todo el segmento derecho*.
2. Pero en un sentido más estrecho que el anterior, también podría denominarse *izquierda* sólo a la expresión política ubicada en el *extremo izquierdo* de la

línea; y podría llamarse *derecha*, por el contrario, sólo a la expresión política ubicada en el *extremo derecho* de la misma. Por lo demás, todo lo que queda entre ambos extremos sería el *centro*.

3. Hay todavía un tercer sentido de esos términos, pues aún dentro del mismo segmento de la línea (el de la izquierda o el de la derecha) es posible hablar de una expresión política que está a la *izquierda* o a la *derecha* de otra. Quiero decir, aun hablando de dos fuerzas de *derecha* es posible considerar que una está *más a la derecha que la otra* (está a su *derecha*); y aun hablando de dos fuerzas de *izquierda* es posible considerar que una está *más a la izquierda que la otra* (está a su *izquierda*)

Creo que podríamos llamar *sentido sustantivo amplio* al explicado en el punto 1; *sentido sustantivo estrecho* al 2; y *sentido relacional* al 3. Así, en el primer sentido, eran *izquierda* desde los liberales laicistas y defensores del sufragio universal, hasta los republicanos sociales, los socialistas y comunistas y los anarquistas; eran *izquierda* en el segundo sentido los socialistas y anarquistas; y en el tercer sentido, un conservador moderado podía considerarse *a la izquierda* de un monárquico clerical.

En fin, este esquema lineal, fundado en una filosofía moderna y optimista de la historia como *progreso*, iba a tener gran aceptación en el vocabulario político de la mayoría de los países. Claro que las palabras también tienen su historia, es decir, cambian, mutan, sufren modificaciones; incluso, a veces, hasta lo inimaginable.

LENIN: IZQUIERDA E INFANTILISMO

Estimo que la Revolución Rusa de 1917 marca otro hito importante en nuestro tema. Principalmente, porque significó casi inmediatamente la división del socialismo, que hasta el momento había estado nucleado en la II Internacional. Pero una vez que el Partido Bolchevique conquistó el poder en Rusia, animó la creación de la III Internacional, reuniendo en su seno a todos los partidos comunistas del mundo que se separaban del viejo tronco socialista. Esta III Internacional reconocía a la flamante

Unión Soviética como primer Estado socialista, y hacía de ella la base para la expansión e implementación mundial del *socialismo real*. O sea, la experiencia socialista rusa se erigía como la verdad concreta del socialismo, es decir, no de las *ideas abstractas* sino (supuestamente) de las *ideas en realización*. Desde este punto de vista, todo socialismo fuera de la III Internacional sería considerado como un falso socialismo; y por consiguiente no habría ninguna izquierda real o posible a la izquierda del PCUS y de los partidos comunistas de la III Internacional.

Esa auto-interpretación que los dirigentes de la Revolución Rusa hacían de sí mismos y de la III Internacional que ellos conducían ya se encuentra tempranamente en un texto de Lenin de 1920. Desconozco totalmente el idioma ruso, pero ese escrito fue conocido en el mundo de habla hispana bajo el título de *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*. En otras lenguas occidentales también se tradujo con términos similares: *left-wing*, *le comunisme de gauche*, salvo en alguna versión italiana en que se emplea la expresión *l'estremismo comunista*. Como fuere, este texto de Lenin tuvo enorme influencia en los partidos comunistas que se conformaban en torno al PCUS al tiempo que se desprendían de la vieja II Internacional de inspiración social-demócrata.

Hasta ahora pudimos distinguir una triple ambigüedad del término *izquierda* tal como se venía empleando: un sustantivo amplio (estar genéricamente del lado izquierdo del arco de las expresiones políticas); otro sustantivo estrecho (estar en el extremo izquierdo de ese arco); y otro relacional (estar a la izquierda de tal o cual otra expresión política). Bien, creo que el folleto de Lenin es importante porque parece introducir un cuarto empleo del término: izquierda como infantilismo político, torpeza, capricho, voluntarismo, ingenuidad. En efecto, se advierte desde el título mismo que, para Lenin, el término *izquierdismo* (o *left-wing*, o *comunisme de gauche*, o *l'estremismo*) no tiene aquí un sentido positivo. Veámoslo.

En líneas generales, ese texto buscaba justificar la acción del Partido Bolchevique desde su fundación, en 1903, hasta la conquista del poder, en 1917, y su accionar actual en 1920, poniéndolo a la vez como modelo a imitar por todos los partidos del mundo que se preciaran de ser revolucionarios en serio. Y esa justificación adoptaba la forma

de un ataque contra los críticos socialistas de esas mismas acciones. Lenin distinguía así dos clases de *doctrinarismos* que objetaban el accionar de los bolcheviques: uno *de derecha* y otro *de izquierda*.

El doctrinarismo socialista de derecha sería el de los social-demócratas, que sólo aceptaban las formas de acción electoral-parlamentarias y terminaban en el oportunismo político del juego de la democracia burguesa. Por el contrario, el doctrinarismo de izquierda rechazaba incondicional y radicalmente toda forma de acción institucional o tradicional, sin reconocerles utilidad alguna. A estos últimos era a quienes Lenin llamaría peyorativamente *izquierdistas*, *extremistas* o *infantiles*. ¿Quiénes eran? Ahí va la lista que provee el mismo Lenin:

1. los que no aceptan que las masas tengan *jefes*;
2. los que rechazan la idea de dictadura o sólo la aceptan por un período muy breve de tiempo;
3. los que no aceptan la equivalencia entre dictadura del proletariado y dictadura del Partido del proletariado (léase, PC);
4. los que rechazan *a priori* y por principios ciertas armas para la lucha, sean legales o no (v.gr. la participación dentro de las instituciones gremiales o políticas burguesas);
5. los que no se ajustan a *etapas* en la lucha por acceder al poder, y ulteriormente, en la construcción del socialismo;
6. los que no toman en cuenta en su accionar las peculiaridades culturales e idiosincrásicas de cada nación;
7. o bien, en fin, los que en general alegan principios puros e innegociables para auto limitarse en su accionar político (o sea, los que tienen escrúpulos de algún tipo).

La conclusión de Lenin es que, en última instancia, estos doctrinarismos de izquierda (extremismos infantiles) también se oponían al realismo práctico y estratégico que han desplegado desde sus orígenes los bolcheviques rusos, quienes nunca han

desechado de antemano y por principios ningún medio de acción a su alcance. Así, en los hechos, la derecha y la izquierda socialistas actuaban ambas, según él, como agentes de la burguesía que obstaculizaban el accionar verdaderamente revolucionario de los bolcheviques y de los partidos comunistas que imitaban su exitoso ejemplo. El comunismo naciente, por lo tanto, debía luchar tanto contra los social-demócratas de la II Internacional, como contra los *izquierdismos comunistas infantiles*.

Como se ve, este texto leninista introduce un cuarto uso del término *izquierda*; un uso que podemos denominar retórico. Y en efecto, este empleo es retórico en un doble sentido: porque es usado retóricamente por quien lo lanza a otros, o sea, como descalificación, y porque esos otros son, a la vez, acusados de profesar un izquierdismo radicalizado, pero meramente verbal, es decir, retórico. También se advierte que este empleo retórico del término es claramente peyorativo y de uso, digamos, interno entre las mismas tendencias que se auto asumen como de izquierda. Es decir, sirve a alguna expresión de izquierda para descalificar a otra expresión de izquierda que pretenda ser más de izquierda que ella. El propio Lenin lo dirigía en su folleto contra los revolucionarios anarquistas, a quienes consideraba precursores de ese infantilismo izquierdista. Luego de muerto, el estalinismo lo usaría también para perseguir a los trotskistas y a todos los disidentes o críticos por izquierda del régimen soviético.²

² Es tentador relacionar el sentido leninista de izquierdismo infantil al viejo concepto marxista de socialismo utópico. Pero sería un error asimilarlos. Si bien es cierto que la tradición marxista recurrió al término *utópico* para descalificar a *priori* otras posturas socialistas, Marx y Engels no lo usaban ni retórica ni peyorativamente en el *Manifiesto Comunista*. Más bien hablan de los socialistas utópicos con respeto y hasta los reconocen como importantes precursores; simplemente les objetan su carácter no científico, esto es, su desconexión con un sujeto social histórico cuyas necesidades de emancipación coincidan con la realización del ideal socialista. En cambio, el concepto leninista de izquierdismo infantil, resulta algo perverso; más aún cuando se lo ha usado desde posiciones de poder. En efecto, el término leninista encierra la insidiosa acusación de que quienes pretenden estar más a la izquierda de las políticas trazadas por el PC, en realidad están al servicio de la contrarrevolución y son enemigos de la auténtica izquierda (que sería la oficial, claro). Antes que el concepto marxista de socialismo utópico, el concepto leninista de izquierdismo infantil nos evoca más el empleo que hacía la Inquisición de la idea de desviación o heterodoxia religiosa.

IZQUIERDA Y GEOPOLÍTICA

Hay también otro aspecto en que la creación de la Unión Soviética y de la III Internacional incidieron en la transformación y ampliación del sentido del término *izquierda*. Me refiero a la superposición cada vez mayor, casi hasta la total identificación de una con la otra, entre la geopolítica y la política interior. Lo que quiero decir con esto, es que el posicionamiento en la política internacional de los Estados comenzaría a ser cada vez más central en la discusión y posicionamientos internos de los partidos de cada país.

En esta reducción de toda diferencia de ideas o conflicto de intereses a cuestiones de geo-política tendría también gran influencia otro texto de Lenin, publicado en 1917: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Bajo la influencia de ese texto, y a partir de 1921, todos los partidos comunistas creados en torno a la III Internacional, incorporaron el tema del imperialismo en sus programas nacionales, entendiendo por *imperialismo* tanto el sentido clásico de colonialismo político, como en el novísimo sentido de dependencia económica incluso de naciones políticamente independientes.

Apenas unos pocos años después de iniciado el proceso revolucionario soviético y cuando el ideal del internacionalismo socialista buscaba hacerse *real* en Rusia, surgieron en seguidilla una serie de nuevos nacionalismos en Europa que, a la vez que profesaban un fuerte anti-comunismo y anti-sovietismo, usurpaban insidiosamente cierta terminología socialista o social. A partir de 1920 la política interna de cada país parecía tender a reducirse a tres opciones determinadas por la realidad internacional: el *socialismo real* profesado por los partidos comunistas agrupados en la III Internacional orientada oficialmente por la PCUS; la reacción nacionalista de extrema derecha que, recurriendo a cierto lenguaje popular y social, buscaba frenar el avance de los primeros; y la vieja democracia liberal parlamentaria, con su sistema electoral de competencia y alternancia entre partidos. Este último se veía amenazado, digamos, desde dos flancos, tanto internos como externos: desde la llamada *izquierda* del *socialismo real*, y desde la *derecha* de los nuevos nacionalismos chauvinistas de masas. Ambos extremos veían a la democracia formal y liberal burguesa como un problema o un

obstáculo: unos la veían como una forma política que había que superar para llegar ulteriormente al socialismo; otros, como una forma política que favorecía el avance del comunismo internacional apátrida y materialista.

De esta manera, el espectro ideológico del viejo continuo gradual de diversas tendencias políticas parecía reducirse ahora a un esquema tricotómico más simple: una izquierda, que sería *la izquierda* (por excelencia, digamos); un centro, que sería la democracia formal parlamentaria de libre competencia electoral entre pluralidad de partidos; y una derecha, que sería *la derecha* nacionalista (fascismo italiano, nacional-socialismo alemán, falangismo español, y un largo etcétera según cada país que incluye, obviamente, a nuestras naciones latinoamericanas), que sería *la derecha* (digamos, también, por excelencia).

Esta centralidad de la geopolítica en la política interna sería, creo, uno de los rasgos más terribles de la política del siglo xx, tal como lo ha señalado Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, obra de 1947. En efecto, cualquier disidencia social o política interior se prestaba así a ser leída como un peligro exterior y, por lo tanto, a ser asumida como la amenaza de un *enemigo* de la nación. De esta manera, la política del Estado se volvía aún más policial y represiva de lo que ya era; y no sólo en los regímenes totalitarios, llamados de *izquierda* o de *derecha*, sino incluso en las denominadas democracias liberales del *centro*.

NUEVAS IZQUIERDAS DE LA POSGUERRA

Con la derrota de las potencias fascistas en la Segunda Guerra Mundial se operaría una nueva transformación semántica en el esquema *izquierda / derecha*. La centralidad de la geopolítica en la política interior no cesó; más bien aumentó. Pero lo que es más importante, el viejo esquema del continuo gradual, que ya antes de la guerra se reducía prácticamente a una tricotomía (izquierda-centro-derecha), ahora, después de 1945, parecía reducirse a una simplísima dicotomía: izquierda vs derecha; o lo que era lo mismo: alineamiento con el bloque socialista o alineamiento con las democracias liberales.

Sin embargo, ya en ese nuevo contexto político de post-guerra pronto iban a surgir, o a adquirir importancia efectiva, una pluralidad y diversidad de tendencias y expresiones políticas, muchas veces opuestas entre sí, que también reclamarían para sí el nombre de *izquierda* o *nueva izquierda*. No es éste el lugar para entrar en el detalle y el análisis de todo este conglomerado heterogéneo de *nuevas izquierdas*. Más allá de toda su variedad y heterogeneidad, quizá uno de los pocos puntos en común (si no el único) entre todas ellas fuera el tema del anti-imperialismo. Sus posicionamientos pueden ser más o menos geo-económicos, más o menos geo-culturalistas; pero siempre geo-políticos.

Así, el término *izquierda* se ampliaba aún más, y adquiriría un nuevo sentido vulgar como mero sinónimo de anti-liberalismo y anti-imperialismo norteamericano.

Es importante subrayar que todas estas alteraciones semánticas y pragmáticas que venimos señalando en el esquema *izquierda / derecha*, no implican una sustitución sucesiva de unos usos por otros, sino su acumulación y superposición. Es decir, no estoy contando aquí una historia de cómo los diferentes significados de *izquierda* se sucedieron remplazándose unos a otros, sino de cómo se fueron apilando unos sobre otros, incrementando su vaguedad y polisemia.

En fin, parece que, en la segunda mitad del siglo xx, los términos *derecha* e *izquierda* se han tornado ya sumamente amplios, capaces de provocar más confusión que claridad en el análisis de la realidad política. En clave académica, en 1967, en una conferencia ante los estudiantes socialistas de Austria, titulada *Rasgos del nuevo radicalismo de derecha*, el filósofo Theodor Adorno llamaba la atención sobre la creciente confusión.

Fuera de la academia, creo que también los filmes de Godard de aquellos años dan cuenta, en clave irónica y satírica, de gran parte de toda esa confusión ideológica. Pienso especialmente en *La Chinoise*, de 1967, y en *Week End*, del mismo año. En esta última, por ejemplo, en una de las escenas absurdas que caracterizan la trama entera, uno de los protagonistas está al costado de la ruta haciendo autostop; se detiene un auto lujoso: una señora va en el asiento trasero. Ella baja la ventanilla y le pregunta al protagonista: “¿Usted prefiere ser sodomizado por Mao o por Johnson?”. El responde:

“Por Johnson, señora”. Ante esa respuesta, ella indignada pone fin al diálogo y ordena a su chofer: “Vámonos, este hombre es un fascista”.

Anotemos que, en 1975, el cineasta escritor italiano, Pier Paolo Pasolini, en sus *Escritos corsarios*, también usaba el término “nueva izquierda” para catalogar la peculiaridad de ciertas ideas que hasta hacia muy poco no podían haberse considerado de *izquierda*.³

TRANSFORMACIONES SEMÁNTICAS DEL TÉRMINO IZQUIERDA EN ARGENTINA Y AMÉRICA LATINA HACIA LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Ya mencionamos al pasar que América Latina no fue ajena a esos cambios semánticos. Es más: probablemente la vaguedad semántica sea mayor aquí que en Europa, porque, sumados a los mismos factores que impulsaron las transformaciones terminológicas allá, hubo otros más propiamente locales.

En efecto, la proliferación de tendencias trotskistas fue tan común en Europa como en América Latina; y acaso pueda decirse lo mismo de la aparición de las expresiones maoístas. Pero la influencia de la Revolución Cubana y del guevarismo, aunque presente también allá, fue mucho más marcada en la política latinoamericana. Lo mismo ocurriría con el nasserismo.

De hecho, el tema del imperialismo, si bien incorporado a los programas de los partidos comunistas desde finales de la década de 1920, fue durante la primera mitad del siglo más una obsesión de las derechas nacionalistas que un tema central de la izquierda de entonces, donde a lo sumo ocupaba un lugar secundario de sus programas. Ahora, en la segunda mitad del siglo, este punto permitiría una suerte de sincretismo

3 Ya unos años antes, en pleno año de 1968, en los apuntes para un poema, Pasolini criticaba sin piedad el izquierdismo supuesto del movimiento estudiantil de moda. Lo llamativo es que, entre otras cosas, lo que les reprocha de entrada no es su polémica contra el PCI, sino el haber llegado tarde. Pasolini había sido expulsado del PCI en 1949. En principio, el escrito parece una suerte de reproche por no haber aparecido una década antes; pero a lo largo del poema, las críticas de Pasolini al izquierdismo estudiantil se van haciendo más duras... y hasta crueles. Agradezco a Elina Ibarra que me haya hecho conocer ese poema del famoso cineasta y pensador italiano.

entre los discursos nacionalista y marxista que era impensable antes de la guerra (y seguramente, también hubiera sido impensable para el propio Marx en el siglo XIX).

En la Argentina, particularmente, la polémica entre *la izquierda* (la *tradicional*, digamos) y las *nuevas izquierdas* se dio en un contexto muy especial que suma más complejidad a los conceptos en juego.

El régimen peronista (1943/46-1955) había sido una experiencia considerada cercana al fascismo, no sólo por los partidos de extracción liberal, sino más aún por los de izquierda, el Partido Socialista y el Partido Comunista, que lo denominaban *fascismo criollo* o *nazi-peronismo* en sus documentos. En septiembre de 1955, un movimiento cívico-militar derrocó a Perón y proscribió toda expresión política de su partido, al tiempo que el viejo líder debió exiliarse del país.

Más allá de su discurso ideológico y de sus métodos políticos (claramente derechistas ambos, según los criterios de mediados del siglo XX), el peronismo depuesto había sido también un régimen de indudable base popular, incluida la clase obrera. Los intelectuales y políticos de izquierda creyeron al principio que ahora, tras el derrocamiento de Perón, las masas populares y obreras recobrarían su conciencia de clase y retornarían a las filas de sus partidos teóricamente naturales: el socialista o el comunista.

Pero el peronismo proscripto mostraba ser realmente un fenómeno socio-político más complejo de lo que sus adversarios creyeron, en particular sus adversarios de izquierda. Y el hecho de que la lealtad de las masas al líder exiliado se mantuviera intacta tras su caída, parecía dejarlos perplejos.

Fue en este contexto cuando el libro-encuesta de Carlos Strasser, titulado *Las izquierdas en el proceso político argentino*, de 1959, abrió la polémica acerca del significado y el papel de la/s izquierda/s.

Según Altamirano (2001: 68-69), sería por esos tiempos cuando se empezó a oponer *nueva izquierda* a *izquierda tradicional*. Pero acotemos que esta afirmación es muy cierta, siempre que se la entienda como el inicio de un proceso de resignificación semántica... esto es, como una lucha semántica por la apropiación del término *izquierda*. Es decir, la *nueva izquierda* era en realidad, ante todo, un nuevo uso de la palabra *izquierda* de cuya legitimidad se mostraban dudosos incluso muchos de los

mismos supuestos representantes de la novedad. De hecho, en la Introducción del libro, el propio Strasser nos dice que no tendría problema en abandonar el término si fuera necesario; y entre los encuestados, eran varios los que rehusaban autodefinirse con esa palabra (tal fue el caso, por ejemplo, de Rodolfo Puigrós, de Jorge Abelardo Ramos, de Esteban Rey y de Nahuel Moreno). Para muchos de ellos, usar la dicotomía *izquierda / derecha* para interpretar la política latinoamericana era producto de nuestra mentalidad colonizada y, por ende, una actitud funcional al imperialismo.

En cuanto al peronismo, prácticamente todos estos exponentes de las *nuevas izquierdas* lo interpretaban como *bonapartismo*, categoría política derivada del análisis crítico que Marx había hecho un siglo antes sobre el régimen de Napoleón III (Segundo Imperio francés). Naturalmente, esa categoría nunca poseyó ninguna denotación ni connotación positiva para el propio Marx, sino que aludía a *embuste, dictadura de sable y sotana, anacronismo, comedia, contradicciones*, etc. Sin embargo, los representantes de estas novedosas izquierdas argentinas, que querían auto-comprenderse como marxistas, entendían que interpretar al peronismo como bonapartismo les permitía desligarlo del mote de *fascismo y/o nazismo*, bajo los cuales lo había comprendido desde 1945 la izquierda *tradicional* (léase Partido Socialista y Partido Comunista). En la práctica, esto también parecía habilitarlos políticamente para acercarse al peronismo reconociéndole algunos aspectos positivos.

Más allá de la heterogeneidad de origen y formación de los encuestados por Strasser, casi todos fundaban sus posiciones pro-peronismo en una revisión y re-interpretación histórica, tanto en lo referido al papel de los partidos socialista y comunista, como al de toda la tradición liberal argentina del siglo XIX. El esquema general de esa revisión histórica es más o menos el siguiente: los partidos de izquierda tradicional (PS y PC) se equivocaron al considerar al peronismo como una forma local de fascismo. Y ese error interpretativo se debió a que esos partidos también eran herederos de la tradición y la mentalidad liberal triunfante en Caseros y plasmada en la Constitución de 1853, haciendo así el juego a las mismas oligarquías que decían combatir, y al imperialismo a cuyos intereses servían consciente o inconscientemente. En fin, para

las nuevas izquierdas, la izquierda tradicional era incapaz de comprender la unidad entre la cuestión social y la cuestión nacional.

Cuando se publicó el libro-encuesta de Strasser, el Partido Socialista no estaba en condiciones de dar una respuesta orgánica a las expresiones polémicas de esos representantes de las *nuevas izquierdas*. El histórico partido se hallaba en un proceso de crisis iniciado con la división de 1958, y que seguiría por más de un lustro con una sucesión de ulteriores divisiones y subdivisiones; las escisiones posteriores a 1960 estuvieron motorizadas, precisamente, por una nueva generación juvenil que se consideraba expresión de la *nueva izquierda*.

La otra expresión histórica de la izquierda en Argentina, el Partido Comunista, en cambio, mantenía la rígida unidad organizativa que le era característica, lo que le permitió responder al libro de Strasser con una publicación oficial propia en la que participaron sus más importantes intelectuales orgánicos: Ernesto Giudici, Juan Carlos Portantiero, Héctor Agosti y Samuel Schneider. Esa respuesta tuvo lugar, primero, en 1959, en *Cuadernos de Cultura*, y luego, en 1960, fue reproducida en un folleto independiente titulado *¿Qué es la izquierda?*

Allí, los intelectuales del PC, al mismo tiempo que reivindicaban, en términos históricos, a la tradición liberal progresista del siglo XIX, acusaban a los *neo-izquierdistas* de caer bajo la influencia del rosismo y del peronismo, y de incurrir “en la mayor confusión respecto a demarcación de las clases, a las ideologías y a la naturaleza de la revolución democrática-burguesa”. Todas esas *nuevas izquierdas* sólo tendrían en común la búsqueda de una *tercera posición* entre burguesía y proletariado, y el abuso o mala comprensión de la categoría marxista de *bonapartismo*, perdiendo así de vista el carácter clasista del Estado, encubriendo las desigualdades de clase y ocultando el carácter fascista del peronismo y de muchas otras dictaduras latinoamericanas.

Los intelectuales orgánicos comunistas, en fin, consideraban un grosero error de las neo-izquierdas pretender remplazar al Partido Comunista como expresión del proletariado, poniendo en su lugar a un movimiento esencialmente burgués como el peronismo, por muchos componentes obreros que éste tuviese. No se debe confundir, advertían, el sentido clasista de un partido con los elementos que lo componen: de lo

contrario, se caería en que las peonadas del viejo y rancio conservadorismo daban al orden oligárquico un sentido obrero. De hecho, decían que la vaga y retórica expresión de *nacional y popular* a que recurrían los neo-izquierdistas como nueva bandera sólo servía para confundir la conciencia de clase del proletariado.

Por lo demás, como dijimos, los intelectuales del PC no sólo reivindicaban la acción pasada de su partido, sino también toda la tradición liberal argentina del siglo XIX. En efecto, aunque no fueran liberales ellos mismos, rescataban al liberalismo decimonónico como positivo y progresista en términos históricos. En otros términos, rechazaban la interpretación revisionista rosista y antiliberal de la historia argentina, que la vieja derecha nacionalista profesaba desde 1930 y que habían adoptado ahora muchos de los llamados *neo-izquierdistas*. Entiendo que este punto puede parecer una simple cuestión de erudición historiográfica, pero en realidad significa mucho más que eso; en el fondo lo que subyace en esta discrepancia historiográfica son dos concepciones radicalmente opuestas de filosofía de la historia. La izquierda tradicional veía los procesos históricos del siglo XIX en clave de progreso, en tanto que, por el contrario, la llamada *nueva izquierda* los veía en clave de decadencia.

En resumidas cuentas, para los intelectuales del PC todas estas *nuevas izquierdas* no eran *nuevas* ni eran *izquierdas*, sino todo lo contrario.

Como vemos, en esa polémica de principios de los '60 en Argentina se advierte el inicio de un proceso por el cual se operaría una notable nueva transformación semántica del término *izquierda*. Desconozco si en el mismo momento se produjeron discusiones similares en el resto de América Latina, pero tiendo a creer que sí... Se diera o no esa discusión explícita, sí sé que antes o después de ella, el término "izquierda" también operaría esa transformación en la mayor parte de nuestros países. Incluso otros factores posteriores incrementarían la oposición entre esas dos visiones.

En efecto, tras las reformas eclesiasísticas católicas del Concilio Vaticano II, surgieron nuevas teologías que pronto adquirieron relevancia política en la región: la *teología de la liberación* y sus variantes llamadas, a veces, *del pueblo*. De esta manera apareció una suerte de nuevo integrismo católico que, con su bandera de *opción por los pobres* entraba en diálogo con ciertas vertientes heterodoxas de marxismo (cosa que hubiera

sorprendido a Marx más aún que el diálogo previo de otro heterodoxo marxismo con el nacionalismo).

Para resumir, ya hacia los '70 y hasta incluso hoy día, no es raro ver que el término *izquierda* se aplique frecuentemente en América Latina a regímenes o tendencias *nacionales y populares* de fuerte corte *bonapartista* y personalista, con marcada recurrencia a la retórica evangélica y promotora del proteccionismo de una élite burguesa industrial sólidamente asociada a la política y al Estado.

Así, el término *izquierda* ha recorrido, particularmente en América Latina, un largo camino de suma de significados, de proliferación de su polisemia y de incremento de su ambigüedad. Incluso, en algunos casos, hasta llegar a designar al mismo tiempo cosas tan opuestas como anticlericalismo e integrismo; socialización de los medios de producción y protección de una burguesía industrial; internacionalismo y chauvinismo nacionalista; despersonalización del poder y culto de la personalidad de un líder; defensa de los derechos humanos y justificación de su violación; visión progresista y visión decadentista de la historia...

ALGUNAS VARIADAS CONSIDERACIONES DESDE LA ACADEMIA CONTEMPORÁNEA

En 1983, desde las primeras páginas de su monumental *Kritik der zynischen Vernunft*, Peter Sloterdijk llamaba la atención que, ya desde principios del siglo xx, “la izquierda había alcanzado el cinismo señorial de la derecha”, y que en la confrontación puramente estratégica entre ambas “el mendaz llama al mendaz mendaz”. Más allá de las retóricas de superficie – sostenía el pensador alemán – el cinismo (es decir, la acción en consciente contradicción con lo que se dice y se piensa) ya no era patrimonio exclusivo de la *derecha*. Y lo más importante: la *vieja crítica de las ideologías* resulta impotente ante ese cinismo compartido, que responde con un simple encogerse de hombros ante la más clara evidencia o el más sólido de los argumentos. Pareciera que para Sloterdijk, la vieja distinción *derecha / izquierda* ya ha perdido prácticamente todo sentido. Las tendencias de cambio hacia una sociedad y un mundo mejor, si es

que aún es posible evitar la catástrofe planetaria, sólo puede provenir de un nuevo *quinismo* que corroa por medio de la risa abierta y de la burla explícita las estructuras y las actitudes *cínicas* de las *prepotencias*.⁴

En 1984, otro pensador alemán, Jürgen Habermas, también llamaba la atención sobre la extraña, y hasta paradójica, situación de las alternativas políticas contemporáneas. En una conferencia de ese año ante las Cortes españolas, Habermas exponía sobre “La crisis del Estado de Bienestar y el agotamiento de las energías utópicas”. Según su diagnóstico, ahora era el Estado de Bienestar de la socialdemocracia lo que constituía la *derecha*, pues se hallaba a la defensiva ante el neo-conservadorismo que se presentaba como novedad deslegitimadora del statu quo. Pero en realidad, decía Habermas, tanto la primera como el segundo entablaban ahora una suerte secreta complicidad funcional, donde la una eventualmente hacia el papel de enmendar mediante la intervención estatal las deficiencias del mercado, y el otro eventualmente, el de enmendar mediante el mercado las deficiencias de la administración. Frente a ese juego político que yo me atrevo a llamar del *policía bueno y el policía malo*, como en las películas, Habermas remarcaba una tercera alternativa: la de *los disidentes de la sociedad industrial y los críticos del crecimiento* de los *nuevos movimientos sociales* (ancianos, mujeres, homosexuales, jóvenes, desempleados y otras muy diversas *minorías*). Todos ellos “parten del supuesto de que el mundo vital está igualmente amenazado por la mercantilización (*Kommodifizierung*) y ninguno de los dos medios, poder o dinero, es más *inocente* que el otro, en principio”. Y agregaba que solamente estos disidentes buscan fortalecer la autonomía de un mundo de vida “amenazado en sus fundamentos vitales y en su estructura interna comunicativa”; y que sólo ellos pretenden *romper* o *contener* la dinámica de los sistemas del poder y del dinero a través de “formas de organizaciones auto gestionadas próximas a la democracia de base” (Habermas, 1997: 124-129). En fin, en esa conferencia Habermas no empleaba el término *izquierda* (tal vez por considerarlo ya bastante manoseado) sino el de *energías utópicas*, que son las

4 Sloterdijk caracteriza al *quinismo* (o *kinismo*) como una insolencia abierta contra las convenciones, intereses y privilegios de las *prepotencias*, o sea, del statu quo. Esa insolencia era propia del *Quinismo* (o *Kinismo*) griego de Diógenes, el rebelde y autosuficiente. Por otro lado, y en contrario a ello, Sloterdijk llama *cinismo* a la insolencia *que ha cambiado de bando*, o sea, que es implementada por las *prepotencias* mismas.

que motorizan el cambio social hacia formas de vida cada vez más emancipadas; y su conclusión era que esas energías ahora debían canalizarse persiguiendo *una utopía* más amplia que la vieja utopía socialista de la sociedad del trabajo: el paradigma de la hora actual sería la “utopía de la sociedad comunicativa”.

El argentino Ernesto Laclau y la belga Chantal Mouffe, por su parte, también han intentado resignificar contemporáneamente el término *izquierda*, en especial para desligarlo en gran medida del economicismo marxista. En su influyente libro *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, publicado inicialmente en inglés en 1985, informan que su propósito es resignificar *la izquierda*, ya no como un proyecto de sustitución de las democracias liberales existentes, sino como de *radicalización* de las mismas. Sin embargo, cuando se avanza en la lectura, se advierte pronto la fuerte influencia de Carl Schmitt en su definición de *lo político*, aunque el nombre del polémico jurista alemán, colaborador del nazismo, brille por su ausencia entre tantos autores que sí aparecen expresamente citados y son más acordes a la tradición intelectual socialista. Y el hecho de no mencionar esa fuente intelectual, tan clara para cualquiera que esté en tema y sepa leer entre líneas, nos hace sospechar que, precisamente por no ser citada, es más importante para la propuesta de Laclau y Mouffe de lo que ellos quisieran admitir. Me refiero en concreto a las tesis de Schmitt respecto de la autonomía estricta de la política en relación a cualquier otra esfera social (por ejemplo, la económica) y la dicotomía *amigo-enemigo* como fundante de esa misma supuesta autonomía de lo político. Es en realidad sobre esas bases que Laclau y Mouffe marcan sus “importantes puntos de divergencia” con las ideas habermasianas. Para ellos, “no puede haber política radical sin la identificación de un adversario”. La centralidad que dan al *antagonismo político* (igual que en Schmitt) cierra toda posibilidad a la concepción de una inclusión general o un consenso racional universal de todas las partes en juego, siquiera como simple ideal regulativo. Por lo demás, los autores entienden que las identidades políticas no son previas o pre-existentes al *antagonismo político*, sino que son creadas por éste mismo. Para decirlo más claramente: según Laclau y Mouffe, para que exista un *nosotros*, debe haber, siempre y al mismo tiempo, un *ellos*; y la posibilidad, aunque

sea meramente hipotética, de un *Nosotros* amplio, universalmente inclusivo, estaría vedada ya-siempre. El éxito político de la izquierda radicaría en implementar las estrategias retorico-discursivas necesarias, inevitablemente más emocionales que racionales, que construyan, paradójicamente, su propia identidad de *izquierda*. Lo extraño de estas consideraciones no radica tanto en si son o no acertadas respecto del funcionamiento efectivo de la política contemporánea, sino que se las haga en clave apologética y en nombre de la *izquierda*.

En un registro teórico bastante diferente, el filósofo y jurista italiano Norberto Bobbio señalaba diez años después la confusión creciente entre *izquierda* y *derecha*. En su conocido ensayo *Destra e sinistra*, de 1994, dice que en los últimos tiempos han proliferado tendencias y expresiones políticas que pretenden no ser de derecha ni de izquierda, o que pretenden ser ambas cosas, o que pretenden estar *más allá* o ser transversales a ambas cosas (como los Verdes, por ejemplo). También llama la atención sobre la *trasmigración* de autores que tradicionalmente integraban las bibliotecas de derecha a las de izquierda, y viceversa. Por ejemplo, hoy la izquierda cita favorablemente a Nietzsche, a Schmitt y a Heidegger; y la derecha hace lo mismo con Gramsci. Pero la confusión más frecuente, sostiene Bobbio, es la que se da entre dos dicotomías muy diferentes: una, entre *izquierda* o *derecha*, que sería una opción entre fines (igualdad social o desigualdad social); y otra, en cambio, entre *extremismo* o *moderación*, que sería una opción entre medios (autoritarismo o democracia liberal). Por didáctica que sea esta propuesta semántica de Bobbio, no deja de ser una mera sugerencia a su gusto *e piacere*; por lo demás, muy parcial en relación a la amplia variedad de usos ya bastante generalizados. Además, es evidente que, como declarado socialista liberal-democrático, el autor adecua su propuesta terminológica a sus propias simpatías políticas.

En 2005, Ernesto Laclau publica otro libro de gran influencia, especialmente en el mundo latinoamericano. Acaso no deba extrañar que, bajo las premisas del libro de 1985, quien antes promovía una *izquierda* como radicalización de los principios de la democracia liberal, terminara ahora promoviendo una idea de *izquierda* como *populismo*. En realidad. Hay pura continuidad entre las tesis de 1985 y las de *La*

razón populista de 2005. Si las identidades o subjetividades políticas no son más que construcciones discursivas (retóricas digamos) que aúnan en *cadena de equivalencia* elementos heterogéneos y variables, entonces, los nombres de esas identidades no pueden ser otra cosa que *significantes vacíos y flotantes*. Es decir, el significante *pueblo* debe ser *llenado* recurrentemente con elementos siempre diversos y variables, de manera paralela con su antagonista, el *no pueblo*, o como se lo denomine retóricamente. Cuanto más *vacuo* sea el significante, más posibilidades se tiene de uniformar y alinear la diversidad y la heterogeneidad, o sea, de alcanzar *hegemonía*. Laclau dice que en el fondo esa es la lógica misma de toda la política; el populismo sería sólo una radicalización de ella. Pero no resulta tan fácil distinguir así, como pretende Laclau, entre un populismo de derecha y otro de izquierda. Dice que “nos enfrentamos desde el comienzo con una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas” (que serían los heterogéneos elementos que podrían alinearse en la *cadena de equivalencias* del *significante vacío y flotante pueblo*) y “un poder insensible a ellas” (que serían los heterogéneos elementos que podrían alinearse en la *cadena de equivalencias* del *significante vacío y flotante* que se emplee para uniformarlo: *anti-pueblo, oligarquía, Poder*, etc). Sin embargo, la distinción de Laclau necesariamente ha de resultar problemática, cuando no paradójica, por las mismas razones en que funda su propia teoría. El mismo autor parece intuirlo cuando (con lenguaje nada popular ni populista, por cierto) nos dice que “hay que diferenciar el rol *ontológico* de la construcción discursiva de la división social, y el contenido óntico que, en ciertas circunstancias, juega ese rol”; hay situaciones, agrega, en que “la función puede ser desempeñada por significantes de signo político completamente opuesto”, razón por la cual “entre el populismo de izquierda y el de derecha existe una nebulosa tierra de nadie que puede ser cruzada –y ha sido cruzada- en muchas direcciones” (Laclau, 2015: 114-115).

PALABRAS FINALES: NECESIDAD DEL RETORNO DE LA CRÍTICA AGUDA Y HONESTA

En fin, hemos visto cómo la palabra *izquierda* (igual que su contraparte necesaria: *derecha*) no sólo presentaba una triple ambigüedad de origen, sino que su polisemia se fue ampliando de manera continua desde el siglo XIX a prácticamente nuestros días. A lo largo de dos siglos, esa terminología, lejos de adquirir algún sentido, digamos, técnico en el ámbito de la teoría política, fue sumando de modo superpuesto los más diversos significados; incluso, hasta los más opuestos.

No pretendo que se la deje de usar en el habla cotidiana de la política. Ni siquiera pretendo que se la evite en los análisis serios, académicos o científicos de la politología y otras disciplinas afines a la Teoría Política. Sólo pretendo mostrar que cuando alguien habla despreocupadamente de *izquierda* o de *derecha*, sin aclarar de qué está hablando específicamente, está dejando mucho campo a la libre asociación e imaginación de sus interlocutores, oyentes o lectores. Y no me parece que mostrar eso sea algo baladí o secundario, ni para la política cotidiana ni para los análisis académicos serios. En lo que refiere a los últimos, no creo necesario insistir aquí en la recurrente necesidad de la precisión del lenguaje empleado en cualquier estudio que busque honestamente brindar explicaciones sobre cualquier campo de estudios.

Pero en lo que refiere a la política cotidiana, viva, real y actuante, resulta incluso aún más importante que en el ámbito académico tomar consciencia de estos problemas terminológicos; al menos, para los que creemos todavía en la importancia de los significados por encima de los significantes, del sentido de los términos antes que su mero sonido, del pensamiento más que de la retórica... y, obviamente, en la prevalencia de las conductas y efectos reales antes que en los relatos propagandísticos. Y en particular, es sobre todo muy importante saber detectar a quienes recurren a la retórica de izquierda para encubrir con ella el reaccionarismo más oscurantista.

Ya Marx y Engels lo observaban, cuando en el *Manifiesto Comunista* hablaban del *socialismo feudal* como de un artilugio retórico de las castas tradicionales privilegiadas del *ancien regime* para conservar sus posiciones poniendo al proletariado al servicio de

su propio interés y enfrentarlo prematuramente a la burguesía, que era la que realmente amenazaba aquellos antiguos privilegios: “Así es como nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas del porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo”. Y concluían con palabras que nos pueden parecer proféticas, en especial si pensamos en muchas tendencias latinoamericanas que hoy se han apropiado para sí de la palabra *izquierda*:

“Del mismo modo que el cura y el señor feudal han marchado siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el despecho de la aristocracia”.

En fin, más allá de las palabras que se usen, lo importante hoy día, como siempre, es volver a tomar el “bisturí de la crítica” para no caer en una noche hegeliana donde todos los gatos son pardos. O como diría cualquier vecino o vecina: hay que saber distinguir la paja del trigo.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor. (2021), *Rasgos del nuevo radicalismo de derecha*, Taurus, Buenos Aires.
- Altamirano, C. (2001), *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino (Antología), Ariel, Buenos Aires.
- (2011), *Peronismo y cultura de izquierda*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

- Arendt, H. (1994), *Los orígenes del totalitarismo*, Planeta-De Agostini, Buenos Aires.
- Bobbio, N. (1994), *Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione política*, Donzelli Editore, Roma.
- Buchrucker, C. (1987), *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Caimari, L. (2010), *Perón y la Iglesia Católica*, Emecé, Buenos Aires.
- Donoso Cortés, J. (2007), *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- Gambini, H. (2014), *Historia del peronismo*, tres tomos, Ediciones B de Bolsillo, Buenos Aires.
- Giudici, E., Agosti, H., Portantiero J. C., Schneider, S., Lebedinsky, M. (1961), ¿Qué es la izquierda?, Editorial Documentos, Buenos Aires 1961. [Se aclara en nota pequeña del pie de página 4 que los trabajos del volumen fueron publicados en *Cuadernos de Cultura*, Número 50, nov-dic-1960]
- Habermas, J. (1997), *Ensayos políticos*, Península, Barcelona.
- Horowicz, A. (2011), *Los cuatro peronismos*, Edhasa, Buenos Aires.
- Irazusta, J. (1975), *El pensamiento político nacionalista. Antología seleccionada y comentada por Julio Irazusta. 2. La revolución de 1930*, Obligado Editorial, Buenos Aires.
- KANT, I. (1999), *La contienda entre las facultades de filosofía y teología*, Trotta, Madrid.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2004), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, FCE, Buenos Aires.
- Laclau, E. (2005), *La razón populista*, FCE, Buenos Aires.
- Lenin, V. I. (1998), *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, Fundación Federico Engels, septiembre de 1998, en <https://proletarios.org/books/Lenin-La-enfermedad-infantil-del-izquierdismo.pdf>
- (S/f), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Editorial Progreso, Madrid.
- Marx, K. y Engels, F. (2012), *El Manifiesto Comunista*, Biblioteca de Pensamiento Crítico, Buenos Aires.

- Marx, K. (1985), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en *Trabajo asalariado y capital*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- (2004), *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Ediciones del Signo, Buenos Aires.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (2011), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- Pasolini, P. P. (2009), *Escritos corsarios*, Oriente y Mediterráneo, Madrid.
- Sidicaro, R. (2011), *Los tres peronismos. Estado y poder económico*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- Sigal, S. y Verón, E. (2010), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Eudeba, Buenos Aires.
- Sloterdijk, P. (2014), *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid.
- Strasser, C. (comp.) (1959), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Editorial Palestra, Buenos Aires.
- Tarcus, H. (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*, Emecé, Buenos Aires.
- Terán, O. (2013), *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Thiers, M. A. (1899), *Revolución Francesa*, Tres Tomos, Librería de la Vda. De Ch. Bouret, París-México.
- Torti, M. C. (2009), *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda (1955-1965)*, Prometeo, Buenos Aires.

